



**ORDEN DEL
CAMINO DE SANTIAGO**



EL MILAGRO DEL ESCARABAJO VACALOURA

JAIME CARLOS GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

EL CAMINO DE SANTIAGO DE UN ABUELO Y SU NIETO

En nuestra familia corrían tiempos de inquietud pues Santi, mi nieto, con solo siete años, se manifestaba con un elevado e inusual nivel de conocimientos, no bien acompañados en el ámbito educativo, debido a su pronunciada hiperactividad. Lo mucho que leía, y su interés por todo, principalmente historia, animales y plantas, lo complementaba con una excepcional memoria que, según algún diagnóstico, era consecuencia del gen heredado de su abuelo. También sorprendía su facilidad para el dibujo y pintura si bien esto sería producto de la evolución genética, ya que el abuelo de pintar, nada de nada.

Debido a su edad, daba la impresión que tantos conocimientos no se digerían bien y traían como consecuencia frecuentes faltas de atención a lo obligado. Una solución de abuelo, que no fuera vista como una intromisión por sus padres, fue proponer ir los dos juntos, abuelo y nieto, como peregrinos, al Camino de Santiago. Estaba convencido de que podía ser una buena terapia el ocupar casi todo el día en el esfuerzo físico de caminar, aunque al poco tiempo el Camino se encargó de añadir lo espiritual.

Los dos sumábamos casi 84 años y humorísticamente la media nos ponía en edad suficiente para cumplir con los 24 kilómetros diarios entre la villa de Sarria y Santiago. Se lo propuse, nos miramos, y la bonita y achinada sonrisa de Santi la acompañó con la siguiente frase: <Abuelo, ¡que tienes más de 76!>. No me quedé atrás: <Santi, y tú con 7, en el otro lado de la vida, estás más o menos en igual situación>. Sus padres no pusieron objeción alguna y creo que pensaron que no lo conseguiríamos y que nos irían a recoger el primer día, pues ninguno de los dos teníamos por costumbre caminar largas distancias.

Aconsejados por expertos, nos pertrechamos de botas resistentes, mucha vaselina para untar los pies a diario y bastones para repartir los pesos. Por falta de experiencia fuimos acumulando demasiada ropa aunque luego comprobamos que con la del día, y un repuesto de cada cosa, era suficiente. Pocos días pasaron y el padre de Santi

nos dejó en Sarria, donde más peregrinos se juntan, pues es la mínima distancia para que la Iglesia certifique al peregrino con un pergamino al que llaman la *Compostela*.

Aceptamos el que una agencia nos transportara el equipaje de hostel en hostel y, algo avergonzados, vimos a los demás peregrinos cargando con pesadas mochilas si bien pensaba que nuestras respectivas edades aportarían algo de atenuante. Nos hubiera gustado también pernoctar en los albergues públicos, pero sin experiencia y para mejor cuidar al niño, me decidí por los hostales. Llevábamos en nuestras mochilas lo del día: chubasqueros, pantalones de agua, bocadillos, nueces, chocolate, un pequeño botiquín y una botella de agua para cada uno.

Y como la mayoría de los peregrinos, decidimos salir a las seis de la mañana y así caminar más horas con mejor temperatura.

PRIMERA ETAPA: DE SARRIA A PORTOMARÍN

El primer día me levanté a las cinco de la mañana y después de mi aseo desperté a Santi masajeándole los pies con la imprescindible vaselina que nos alejaría del mayor peligro del peregrino, las rozaduras en los pies. Se hizo el dormido y dejó que le pusiera los calcetines.

Su madre le había preparado una bolsita con la ropa para cada día que me la enseñó orgulloso de ella. Rezamos, ofrecimos el día a la abuela materna y salimos de Sarria con la noche del día, que sumado a una densa niebla, dificultó encontrar las flechas amarillas que, pintadas en suelo y paredes, nos llevarían hacia las sendas del Camino.

Así, casi a oscuras, llegamos al famoso Camino Francés que desde hace 12 siglos es transitado de continuo por peregrinos de todos los países. Nada más salir de Sarria cruzamos un puente que por lo oscuro que estaba no vimos lo que salvaba. Luego nos sorprende la

primera cuesta. Era una *corredoira* gallega adornada con castaños que subimos alegres y a buen ritmo, y ya arriba, con más luz, nos vimos orgullosos mirando lo larga y empinada que era. A lo lejos, demasiado lejos para estos dos iniciados, nos esperaba Portomarín.

Santi caminaba mejor si yo le hablaba y me obligaba a que así fuese casi de continuo. Le conté como era yo cuando niño, y en tantas horas de charla me hizo activar la memoria y recordar pasajes ya olvidados de lo que mi madre también me contaba a su edad. Los dos, de lágrima fácil, nos costó a veces aguantarla. Lo que más le emocionó fue saber cómo mis padres, sus bisabuelos, y sus cuatro hijos, uno de ellos recién nacido, pudieron salir vivos de Oviedo.

La capital asturiana había sido una de las ciudades más bombardeadas durante la Guerra Civil. Totalmente rodeada por un gran ejército, mi familia estuvo sitiada durante más de un año, viviendo en sótanos sin luz ni agua. Consiguió salir una noche en camiones, entre las fuerzas contrarias, hasta llegar a La Coruña, donde al poco tiempo nació este abuelo. Fue difícil contestar a las preguntas de Santi sobre aquella guerra civil en la que, sin ningún sentido ni idearios políticos, hermanos y familias se vieron en bandos contrarios.

Los detalles que mi madre me narró, en mi niñez, hacían abrir los ojos de asombro a Santi. Hasta llegar a Santiago fueron muchas más las historias y pasajes de mi vida que tuve que contarle, y descubrí que aquellos recuerdos, bien podrían ilustrar un interesante libro.

Esta primera etapa del camino puso a prueba nuestra falta de costumbre de caminar tan largo, pero la mente pudo con lo físico y llegamos a Portomarín recorriendo los primeros 23 kilómetros casi al mismo tiempo de los demás peregrinos.

Varias veces tuvimos que posar fotográficamente para muchos de ellos pues Santi y su abuelo, por nuestras edades, comenzamos a ser peregrinos singulares. En el hostel, uno y otro nos ocultamos los dolores y él me sonrió cuando le pedí que me alcanzara algo pues no podía agacharme.

SEGUNDA ETAPA: DE PORTOMARÍN A PALAS DE REI

Comenzamos la segunda etapa, y partimos de Portomarín, igual que ayer desde Sarria, con poca luz y con gorros y bastones en aquella penumbra, los peregrinos pareceríamos la Santa Compañía que en Galicia se dice que son las procesiones de las almas en pena que salen en la noche. Rezamos antes de salir, y como ayer ofrecimos el día a la otra abuela de Santi. Teníamos que llegar a Palas de Rei, que desde Portomarín son casi 25 kilómetros, parecido a lo de ayer, pero con nuestro físico en no muy buen estado.

Los primeros kilómetros volvimos a cubrirlos con buen paso pero Santi no estaba igual que el día anterior y comienza a quejarse de una pierna. Un grupo de 30 jóvenes de un colegio de Sevilla nos rebasaron. Le preguntaron cómo se llamaba, y todos al unísono cantaron su nombre y la sana algarabía de estos jóvenes lo puso contento, pero al poco tiempo me pidió parar.

Para animarlo se me ocurrió ofrecerle un viaje para que pudiera ir a ver el animal que más le gustara: ballena, tiburón o cualquier otro que fuera de su preferencia. Estaba seguro de que conociendo al detalle la mayoría de la fauna de la tierra se decantaría por las ballenas. Pero, sorpresa: <Abuelo, me gustaría ver un escarabajo Vacaloura>. Me lo dibujó rápido y con todo detalle. Me costaba entender aquel deseo. Consulté luego en Wikipedia y se trataba del escarabajo más grande de Europa de nombre científico *Lucanus cervus*, que seguramente Santi estaría investigando.

Insistió en parar y encontramos un buen sitio en una terraza de una casa restaurante, de las muchas que van apareciendo en el camino, y pruebo, para intentar recuperarle, dándole masajes a sus piernecitas con una crema especial. Viéndole con esas dificultades, le propuse quedarnos a la mitad de la etapa o incluso volvernos a casa. <Ni hablar, abuelo, todo mi colegio está expectante y hasta creo que hay

apuestas>, me dijo. El masaje y las cremas algo colaboraron, y más mal que bien pero llegamos a Palas de Rei.

El hostel tenía bañera de las de antes, y esto del baño con mucha espuma le entusiasma. Luego, como casi no paramos a comer y sabiendo sus preferencias le animo a ir a cenar una carne a la brasa de nuestra famosa ternera gallega que, raro en niños, pide que sea casi cruda. Al terminar, el cansancio nos llevó a la cama, y rápido nos dormimos. ¡Digestión incluida!

TERCERA ETAPA: DE PALAS DE REI A ARZÚA

De nuevo ya son las cinco de la mañana. Le sigue gustando que le despierte masajéandole los pies con vaselina y a pesar de su edad, y en tan temprana hora, asume sin problema vestirse y salir a caminar. Sus dolores parece que han desaparecido pero nos esperaba la etapa más larga, de casi 29 kilómetros, entre Palas de Rei y Arzúa, pasando antes por la villa de Melide.

Esta etapa puede que sea una de las más bonitas del Camino Francés. Destaca el antiguo puente de piedra que cruza el río Furelos, calzadas romanas, pequeños ríos, bosques y prados... Todo realzado por los distintos verdes de Galicia. Después de cruzar el río Furelos por su antiguo puente, le conté una anécdota simpática que allí me ocurrió con el presidente de la Xunta de Galicia, don Manuel Fraga, con el que desde Telefónica, colaboré en varias mejoras en el Xacobeo de 1993.

Lo seguí entreteniéndome con mis historias y llegamos a Melide con casi la mitad de la etapa andada pero, como principiantes, ya teníamos la mayor parte de nuestras fuerzas consumidas. En el medio del pueblo elegimos uno de los muchos restaurantes. Nos decantamos por el que más lleno de peregrinos estaba y al sentarnos en unos bancos y mesas corridas, la mayoría de los comensales nos saludaban o se acercaban a preguntarnos por nuestras edades o de dónde procedíamos.

Lo obligado en Melide es el pulpo a feira. Nos dejamos llevar y comimos demasiado, mojando el esponjoso pan gallego en la sabrosa y rosada salsa con que se adereza. Hacía mucho calor y nos enfrentamos a los 15 kilómetros restantes añadiendo más dificultad hasta que el pulpo se convirtiera en proteínas.

Andando casi cinco horas más, un mojón nos avisa de lo que falta a Santiago y dedujimos que quedarían cinco kilómetros para finalizar esta tercera etapa. Santi algo debió de ver en mi lento caminar que me aconsejó que no mirara hacia arriba en las cuestas: <Abuelo, mira al suelo y con pasos cortitos>.

Acercándose la noche nos quedaban los últimos dos kilómetros que discurrían paralelos a la carretera y por fin a lo lejos ya se veía Arzúa. Sentándonos cada poco, algo derrotados, fuimos lentamente avanzando pensando más en abandonar que en continuar pero el Apóstol, atento, se decidió a intervenir y Santi dio un grito: <¡Abuelo, mira, es el escarabajo Vacaloura!>.

Era increíble. Allí, revoloteando con las patas hacia arriba al lado de la carretera y lejos de su hábitat, apareció aquel raro y enorme escarabajo, en medio del camino. Era calcado al que Santi me había dibujado. Rápido, lo cogió sin temer a sus garras y comenzó a dar saltos de alegría. Cuando le dije que había que soltarlo, llorando me rogó que se lo dejara, que él sabía cómo cuidarlo y darle de comer. Entendí que debía de acceder pues el escarabajo seguramente vivía gracias a encontrarse con Santi, y tiempo habría para devolverlo. Resultaba extraño el que en todo el resto del camino con nada vivo nos tropezáramos salvo pequeños insectos o alguna babosa en la mañana.

Sin lógica que lo justifique, el deseo de Santi de un día antes se hizo realidad coincidiendo en la jornada en la que, ya sin fuerzas, procedía a abandonar. Se dice que la providencia es la voluntad de Dios de cambiar el orden natural de las cosas, pero cuando ocurre en el entorno de un niño se suele interpretar como un milagro. Sin duda lo que nos ocurrió estaría lejos de esa pretensión, y en otro contexto de los así calificados por la Iglesia, pero el Códice Calixtino del

siglo XII narra 22 milagros, algunos leyendas, ocurridos en el Camino. Lo sucedido a nosotros no desmerecería de los que a partir de 12 siglos atrás acontecieron a otros peregrinos, que como nosotros, necesitaban ayuda para poder llegar a Santiago.

Ocurrió también en esa etapa, saliendo de Palas de Rei, que paramos en un puesto de dos monjitas de blanco, donde sellamos nuestro librito, que luego exigen para darnos en Santiago la *Compostela*, y a aquellas simpáticas religiosas les dejamos un donativo. Las monjitas nos colgaron unas medallas de plástico y días después nos dimos cuenta de que aquellas medallas tenían la imagen de la Virgen de la Providencia, lo que podía considerarse como una premonición.

En el hostel de Arzúa, Santi se hizo con una cajita que llenó de agujeros y de comida. El escarabajo se iba a convertir en un singular peregrino y Santi ya no volvió a quejarse. Volaba más que caminaba. A mí también me contagió su entusiasmo y algo amainaron los dolores. ¡El cansancio ya no era un problema! En el resto de la peregrinación hasta Santiago, se convirtió nuestro camino en una alegre procesión donde todos querían conocer a Santi y a su escarabajo, como ocurrió con una joven peregrina que le ofreció la mano y yo le tuve que animar para que se la aceptara.

La chica se fue gritando: <¡Santi me dio la mano!>. Para algunas cosas era tímido y seguro que antes se la negó. Al pasar el cansancio a segundo plano nos fue invadiendo lo espiritual y apreciamos más lo solidario del camino y pasamos a compartirlo todo con la nueva familia de los peregrinos.

CUARTA ETAPA: DE ARZÚA A O PEDROUZO

Al terminar la siguiente y penúltima etapa, los 30 amigos de Sevilla con su cura al frente nos invitaron a asistir a una misa. Aquello parecía una apoteosis pues se celebró en una bella y antigua iglesia de aldea gallega, separada del lugar de O Pedrouzo, con pórtico,

amplio atrio, y su cementerio a un lado, todo ello de piedra como casi todas las iglesias del rural gallego.

Los tres curas celebrantes, uno de ellos el de Sevilla, que de continuo nos animaba con su prole de jóvenes, hicieron ir a Santi al altar que aceptó, comportándose con una soltura inusual en él pues, como ya llevo reflejado, apunta más a lo vergonzoso. El final de la misa fue una gran fiesta de cánticos y sonaba a que el Apóstol lo estaba dirigiendo todo.

Rápido se lo conté a sus padres, y les envié un vídeo y fotos de Santi con los curas. Pronto lo verían toda nuestra familia, su colegio y más personas que seguían nuestra peregrinación.

QUINTA ETAPA: DE O PEDROUZO A SANTIAGO

Al día siguiente llegó el trayecto final con salida en O Pedrouzo. Solo eran 18 kilómetros pero por la ansiedad por llegar nos parecieron muchos más. Paramos en O Monte do Gozo, la famosa loma que descubre a los peregrinos la catedral allá al fondo y detrás oímos: <¡Santi, Santi, Santi!>. Eran los 30 jóvenes sevillanos. Juntos nos hicimos fotos debajo del monumento a los peregrinos, y después de cinco kilómetros más entramos en la Catedral, pero no por el Obradoiro, donde lo suelen hacer, alborozados, todos los peregrinos al llegar. Pasamos desde la Plaza de la Quintana a la Puerta Santa y a la vez, los dos, abrazamos la imagen del Apóstol que preside el fastuoso altar y luego bajamos a contárselo todo en su sepulcro.

EL CAMINO PRIMITIVO Y EL CAMINO FRANCÉS

El milagro del *Lucanus Corvus* y el misticismo de los Caminos, sin duda ayudó para convertirnos en peregrinos pues un año después cumplimos con el exigente Camino Primitivo y sus 321 kilómetros entre Oviedo y Santiago. Y luego, con un Santi de casi 10 años,

mucho más fuerte, nos atrevimos con el Camino francés desde Saint Jean Pied de Port, y combinándolo con sus vacaciones, completamos las 33 etapas. Nuevamente con la ayuda del apóstol, aliviando los continuos achaques de este abuelo, llegamos por tercera vez a la Catedral y nuevamente volvimos a abrazar la imagen histórica de Santiago. Son muchas las penalidades de fríos, lluvias y vientos y tremendo calor, como ocurrió al pasar por Navarra y La Rioja, pero nunca dejamos de cumplir el día programado. En definitiva, fueron muchas más las horas de camino felices que las otras.

Cuando inexpertos y sin preparación comenzamos a caminar en Sarria, jamás podríamos pensar que nos convertiríamos en peregrinos y cumpliríamos más de 1200 kilómetros. Pasamos por muchos pueblos y ciudades, apreciamos las distintas culturas de otros amigos peregrinos, pero lo más importante fue lo que nos contamos abuelo y nieto en tantas horas juntos en la soledad de bosques y senderos. Mucho más que lo ocurrido con el escarabajo Vacaloura, el Camino de Santiago fue el verdadero milagro.

Historia real contada por Jaime González, el abuelo de Santi



ORDEN DEL CAMINO DE SANTIAGO



Jaime Carlos González Fernández

Caballero 1264 de la Orden del Camino de Santiago. Nombrado Vigués Distinguido en 1995, Gallego del Mes por el Correo Gallego. Recibió la Felicitación oficial de S.M. El Rey, Juan Carlos I, por la actividad realizada en la modernización de Telefónica en Baleares

TÍTULO: El milagro del escarabajo Vacaloura

AUTOR: Jaime Carlos González Fernández

EDITORIAL: Fundación Orden del Camino de Santiago

FORMATO: Digital - online

IDIOMA: Español/Castellano

FECHA DE APARICIÓN: 06/05/2021

ISBN: 978-84-09-30534-6



9 788409 305346